

De re lingüística¹ * (I)

LUIS MICHELENA (1915-1987)

Los pueblos o países que se enfrentan con alguna «cuestión de la lengua» adquieren y tienen una sensibilidad más aguzada para cuanto es o puede pasar por lingüístico. Esto es todavía más cierto, en grado incomparable, cuando pasando del singular al plural tenemos que hablar, para ajustarnos al patrón, de cuestiones de lenguas. En efecto, quien puede proclamar con orgullo –como aquél de la fabulita– que «en toda tierra que garbanzos cría» un determinado objeto se llama no recuerdo bien si *alcuza* o *aceitera*, difícilmente será capaz de adivinar el grado (lo que hay) de compleja diversidad que existe y ha existido en el universo de las lenguas. Y, según toda evidencia, no somos nosotros, los que convivimos no sin roces en este país, los que podríamos hacer esa declaración. Para empezar, el garbanzo no se da bien por aquí como lo demuestra el que tuvimos que importar de Méjico –algunos pensábamos entonces que hasta con exceso– durante unos meses memorables.

Pero no intento hablar aquí de temas de alcance práctico inmediato, de los que otros se ocupan o pueden ocupar con mayor competencia, ni de las quejas que podrían nacer del «dolorido sentir» de unos o de otros. Dejaré, pues, de lado todos los aspectos que, al no considerar las lenguas como sistemas de elementos o sistemas de reglas sin tener en cuenta a sus usuarios, podrían considerarse, según el *cover term* por aquí general, sociolingüísticos. Entre nosotros y para lo nuestro, se puede remitir a un libro reciente y excelente, J.M. Sánchez Carrión, *El espacio bilingüe*, Eusko Ikaskuntza, 1981, obra que, al menos en sus partes más densas, no sé si ha sido leído de una manera lo bastante atenta que permita no limitar el juicio (comentario) a meras generalidades vagamente laudatorias.

Las víctimas del contacto (hasta cuando éste conlleva presiones casi intolerables) o, al menos los que *au dessus de la mêlée* se pasean entre ellos como mirones, no les falta con todo motivo de esparcimiento, gracias a esos «juegos lingüísticos» a que somos tan inclinados los vascos y posiblemente también otros que se encuentren en un ambiente semejante. Tener, como poco, el conocimiento directo de dos lenguas, profundamente desemejantes

1. * Los materiales de lingüística general que configuran el núcleo de este artículo proceden del archivo personal de su autor. La disertación es un trabajo ultimado en su redacción definitiva que, a juzgar por el resultado de las indagaciones pertinentes, no habría llegado a publicarse. El hecho de que la matriz del texto mecanografiado y el calco o copia al carbón del mismo se encuentran en poder del autor avala, en principio, la hipótesis de un trabajo inédito. Podría tratarse de una conferencia dictada en algún foro público, con miras a su posible publicación.

La transcripción, en todo caso, es literal sin ningún tipo de interferencia.

en aspectos centrales, facilita una iniciación involuntaria a las sorpresas que siempre nos está deparando la contemplación de la diversidad entre las lenguas.

Merece señalarse que en estos juegos de aficionados, practicados también por profesionales aunque se cree o éstos creen que con mayor seriedad, se da siempre por supuesto que las lenguas son vías de conocimiento. No quiero decir, porque sería una perogrullada innecesaria, que las lenguas sirvan para transmitir conocimientos, que sus producciones pueden ir cargadas de sabiduría o de estolidez. Me refiero a la creencia generalizada en que las formas lingüísticas nos dicen algo más que su contenido, en que palabras y frases (y para Astarloa hasta los sonidos sueltos) nos comunican por añadidura saberes que van más allá de lo que significan aquí y ahora, en el momento en que se pronuncian.

Lo primero que en este contexto se nos viene a las mentes es la etimología y su práctica curanderil o médica: al menos supuestamente médica. *Bihotz bakarra daukat, ai, mila banitu!*, por ejemplo, es una manera algo alambicada, a pesar de su procedencia o adopción popular, de expresar un sentimiento (unos sentimientos) que todos podemos comprender por haberlo experimentado alguna que otra vez. No pretenden esos versos llevar al conocimiento general el hecho de que, al igual que España no hay más que una, según la voz autorizada de Manolo Escobar, sólo nos ha tocado un solo corazón a cada uno de nosotros: precisamente por ser esto algo bien sabido, el versificador se ha basado en ello para expresar lo hiperbólico de su deseo.

Pero cabe pensar que *bihotz* no necesita, en opinión de algunos estar engarzado en prosa ordinaria o en verso extraordinario para abrirnos las puertas del conocimiento. Según una opinión antigua, inventada o compartida por un ilustre profesor de Medicina (no sé si se trataba del olímpico Letamendi), *bihotz* a secas ya significa «dos ruidos» o «dos sonidos», explicación que al parecer se ajusta bien a la fisiología (se tratará acaso de la sístole y de la diástole, movimientos del corazón de los que sé muy poco, aunque estoy en potencia propinqua de saber mucho), pero muy mal a la fonología. En efecto, «ruido, sonido» es *hots*, con una africada apical y un tanto retroflexa (eso que en vasco genuino se dice *erretroflexoa*), que poco tiene que ver con la dorsal final de *bihotz*, excepto para los (más bien muchos) que confunden y confundían las dos especies.

Esto, sin embargo, ya es afinar demasiado y de empezar así acabaremos alineándonos junto a Pirrón y Sexto Empírico. Como decía un amigo mío ya fallecido, «si Biarritz (pronunciado *Biarrítz* en verano, según Gavel, y *Biárritz* en invierno) no significa *bi arri*, «dos piedras», yo ya no creo en nada.

La onomástica en general y los topónimos en particular —los nombres propios son inherentes a la vida humana y, por lo tanto, no pueden faltar en ninguna lengua. De ahí que puedan ser utilizadas, y acaso lo sean demasiado, «como medio de conocimiento histórico», que era por cierto el título de la primera conferencia que he dado *extra uincula*. Remito a quien lo dude a *El País* de estos últimos tiempos, donde en «Cartas al director» se pueden leer alguna extraña opinión, además de referencias a un documento más que falso, sobre el nombre de población *Mingorria* en Alava: expertos en la materia me aseguran que ya para 1400 la población se llamaba *Domingo Rial*, designada por un nombre de repoblador, en este caso seguramente gallego,

como es el caso de *Muñogalindo* y de tantos otros abundantes en esa zona. La opinión, por otra parte, nada tenía de novedosa. Hace ya como un siglo que un francés aseguró que sería imposible inventar una platitude inédita (nueva *platitude*), por alta que fuera la recompensa con que se premiara el hallazgo, ya que todas se encuentran ya en el inmortal Ovidio.

Hay, por otra parte, y voy a permitirme un *excursus*, en todo esto una curiosa circunstancia. De las lenguas que se conocen por aquí, siempre parece que es la vasca, no la castellana, la que puede aportar mayores luces para desvelar los secretos del pasado y acaso también del presente. Esto se le hace raro a cualquiera que tenga alguna familiaridad con la historia lingüística de esta parte del mundo: un romance, relacionado con otros romances y también en un sentido diferente con el latín, todos conocidos, aporta sin duda más y mejor información sobre el pasado, que una lengua sin parentela conocida y de historia muy corta.

Cae de su peso que aquí se observa la interferencia de una idea a la que nos aferramos sin tener siempre en cuenta su inanidad: el vasco es más «antiguo», en algún sentido no definido de esta palabra, que el castellano, lo que para muchos o para bastantes pasa por verdad inconcusa. «Antiguo», claro es, podría equivaler también a «primitivo», en lo bueno y en lo malo. El euskara, de algún modo, debía de estar más próximo a aquel bautizo prístino por el que, según Gen. 2, 19 ss., los animales, las aves del cielo y las bestias de la tierra recibieron de Adán el nombre que por naturaleza les correspondía. O, por no subir tan alto, estuvo al menos más cerca de la confusión de las lenguas en Babel, contado en el mismo libro bíblico, cap. 11.

Dentro de esta comparación improvisada entran también consideraciones como la de que la frase vasca *etorri den gizona* «venido es que el hombre el» está construida «al revés», y no «al revés de» o «al revés que», de donde también puede seguirse la conclusión de que nosotros, encadenados todavía la dirección equivocada que se tomó en los primeros balbuceos de la subordinación, no hemos acabado de encontrar del todo el camino recto. Más trascendentales son aún las consideraciones en torno al sentido recóndito de que, mientras otros hablan de *meter* ruido, lo que hacemos nosotros es *sacarlo*.

Consideraciones de este género, que pueden ser tema de conversación a los niveles más populares, y forman parte poco estudiada del folklore de una comunidad, suelen también convertirse en objeto de consideraciones del carácter más elevado. Se admite, y no se puede menos de admitir, que lengua (o mejor lenguaje) y pensamiento son inseparables: no pensamos sin palabra, interna o externa, o, al menos, el pensamiento no acaba de cuajar, de obtener una forma precisa, si no la adquiere en el molde del habla. No hay sin lenguaje pensamiento que tenga derecho a llamarse humano y, como correlato, no hay evidentemente lenguaje que carezca de cierto contenido noético, aunque este pertenezca al amplísimo reino (dominio muy específicamente humano) de la sinrazón y aún del *nonsense*. Cuando decimos, con alguna frecuencia, que sabemos muy bien lo que queremos decir pero no hallamos las palabras, esto es por lo común una manera retorcida de decir lo que con mayor exactitud debiéramos expresar diciendo que *no* lo sabemos, al menos no muy bien, y que no acertamos a dar forma a lo que en nuestra mente es informe o tiene al menos perfiles mal definidos.

Hay, sin duda, muchas cosas que ningún lenguaje humano ha podido expresar directamente hasta ahora y sólo por circunstancias y por alusiones

podemos manifestar mucho de nuestra experiencia directa, externa o interna. Es mucho más fácil, aunque no lo parezca a primera vista, dar forma redonda a los axiomas de Peano, pongamos por ejemplo, que a sentimientos confusos que bullen mezclados y contrapuestos en nuestro ánimo. De aquí que, en esferas como el de la poesía lírica, los maestros de la palabra lo sean más por los atisbos sorprendentes que por medio de ella nos pueden ofrecer que por la precisión de su lenguaje.

Admitido que lengua y pensamiento van de par, como hermanos siameses, se nos presenta de inmediato una dificultad: ciertos pensamientos por lo menos, no necesariamente sublimes, son invariantes con respecto a su expresión oral o escrita. Así, por ejemplo, «7 veces siete son 49», «recibir una patada suele ser una experiencia molesta, sobre todo cuando se recibe en ciertas partes del cuerpo», «para que un negocio marche, hay que procurar reducir en lo posible los gastos generales», etc., etc. Pero a esta supuesta unicidad del pensamiento se opone la evidente multiplicidad de las lenguas. Por usar un ej. de Alarcos, *no hace calor, il ne fait pas chaud, es ist nicht warm* dicen en cierto modo muy verdadero lo mismo, pero no lo hacen ni mucho menos de la misma manera.

Nadie afirma, que yo sepa, que, al menos en casos tan simples como éste, una de las lenguas se acerque más o menos al estado de cosas que se trata de describir o, dicho en otros términos, unas lenguas sean más «veraces» o «falaces» que las otras. Pero sí se ha sostenido y se sostiene que el pensamiento no es independiente de la lengua, y en este caso estoy hablando de cada una de las lenguas específicas cuyo número y variedad ha sido y es seguramente mayor de lo que el profano podría sospechar.

Esto puede entenderse de dos maneras, y empezaré por discutir la menos conflictiva. Existen, se afirma, lenguas cultas que son por ello mismo superiores, y lenguas incultas y por ende inferiores; lenguas escritas y lenguas no escritas que es lo que Bonaparte quería decir cuando hablaba de dialectos literarios y no literarios de las lenguas vasca.

Hace unos años, en mi juventud, la superioridad o inferioridad se ponía en la presencia o ausencia de una literatura: cuanto mayor y más importante ésta, tanto más arriba quedaba situada la lengua. No todo lo escrito era literatura, sino que ésta comprendía ante todo o exclusivamente lo que se incluía como tal en los manuales de historia de la literatura, y en particular cuanto en ellos aparecía descrito como obra maestra. Confieso que yo mismo, cuando en 1958 escribí un esbozo de historia de la literatura en lengua vasca, lo hice con alguna prevención y hasta vergüenza, porque no podía sentirme libre de una convicción (un sentimiento) de inferioridad que era por entonces dominante.

Esto ha cambiado hoy, al enterarnos de que además de la literatura, mercancía en buena parte de grato acceso al público en general, existía además la tecnología, responsable de los mayores atrasos y adelantos en el mundo actual, y hasta, en un rincón un tanto olvidado y oscuro, la ciencia. Pero no reincidiré sobre un terreno ya pateado. El hecho es que, según una opinión extendida que no está ni mucho menos carente de todo fundamento, hay lenguas cultas, con literatura propiamente dicha, que sirven también como medio de expresión tecnológica y científica, y otras que a lo sumo sirven para las necesidades diarias de una comunidad poco desarrollada, formas artísticas rudimentarias (como el bersolarismo, por ej.) o para difun-

dir ingredientes ideológicos (el catecismo y libros de edificación podrían ejemplificar por aquí el género).

Creo que este modo de ver las cosas, tomado *cum mica salis*, es correcto en lo esencial: tales diferencias en los productos que tienen como vehículo unas u otras lenguas. Lo que yo ya no aceptaría de buen grado es la extrapolación que de ahí se sigue: que las lenguas de pueblos de cultura superior, más desarrollados, son en sí mismas superiores a las lenguas de pueblos de cultura que no pasa de ser, digamos, popular o incluso de eso que se suele llamar cultura primitiva.

Admito, ya de entrada, que en el mundo actual, en este rincón pongamos por caso, hay lenguas que se hallan, por razones intrínsecas o extrínsecas, en condiciones de superioridad o de inferioridad. Unas cuentan con muchos hablantes, y sirven además de medio de comunicación entre distintas comunidades lingüísticas, otras con pocos, y tienen además que recurrir a la ayuda de otras lenguas.

LABURPENA

K. Mitxelena irakaslearen hitzaldi argitaragabe honetan hizkuntzarekiko zenbait gehiegikeria aipatzen da. Bere aldetik, pentsaera eta hizkuntzaren arteko lotura ezin-banatuaz azpimarratzen du. Pentsamendu orokor bakar batek, halere, munduko hizkuntzen aniztasuna berekin darama. Bada, bestalde, herri nagusien kultura hizkuntza, eta herri txikien hizkuntzaren arteko bereizketa ere; baina hizkuntzak berez, ez dira batzu besteak baino nagusiago.

RESUMEN

En esta conferencia inédita de K. Mitxelena se puntualizan algunos conceptos relacionados con la Lingüística. Se refiere a la relación inseparable que existe entre el pensamiento y el lenguaje. Sin embargo, a la unidad de un pensamiento universal corresponde la multiplicidad de los lenguajes existentes en el mundo. Se habla, por supuesto, de lenguas de pueblos desarrollados o de cultura superior, y lenguas de pueblos minoritarios o de cultura inferior; pero una lengua, en sí misma no es superior a otra.

RESUME

Dans cette conférence inédite de K. Mitxelena sont précisés quelques concepts ayant trait à la linguistique. Il y est question de la relation inséparable qui existe entre la pensée et la langage. Cependant, à l'unité d'une pensée universelle, correspond la multiplicité des langages existant dans le monde. On parle, bien sûr, de langues de

peuples développés ou de culture supérieure, et de langues de peuples minoritaires ou de culture inférieure; mais une langue, en elle-même, n'est pas supérieure à une autre.

SUMMARY

This article contains the unpublished text of a lecture by Professor K. Mitxelena. It studies the nature of language and its close relationship with thought, the concept of superiority of a language and the function of literature.